

Explica después las diferencias que existen entre la feria y el mercado. La distinción de ambos reside en el carácter lugareño del mercado y la modalidad periódica de los grandes centros de trueque, representados únicamente por las ferias, a las que concurrían mercaderes de profesión que hacían sus operaciones por atacado, o sea al por mayor.

En Portugal las ferias son señaladas como excelentes factores demográficos por los mismos documentos en los que se otorga a los moradores de ciertas villas, como privilegio real, la realización de ferias franqueadas. En uno de ellos, situado al final del libro y que la autora, junto a otros, tiene el acierto de transcribir, se lee: "E olhando a grande despouoraçõ E dapnjficamento da dicta villa (de Bragamça) . . . E por se a dicta villa melhor pouorar... ordenamos que pera sempre em cada hũn anno sse faça na dicta villa hũma feira framqueada".

Virginia Rau insiste a menudo en mostrar cómo las ferias fueron excelentes fuentes de rentas para la corona e inigualables factores demográficos de las localidades fronterizas, que inevitablemente tuvieron que sufrir la guerra castellana y las algaras moriscas.

El libro contiene dos mapas, muy útiles por su claridad, que señalan respectivamente la clasificación de las ciudades según el tipo de cartas de ferias y las distintas fundaciones de ferias efectuadas por los monarcas portugueses: D. Alfonso III, D. Diniz . . .

Prolijamente analiza la autora del estudio comentado la evolución sufrida por las ferias en la ciudad, examinando con cuidado los períodos de formación, crecimiento y pujanza de las mismas hasta la época de decaimiento, cuando la importancia del comercio terrestre se eclipsa ante la del marítimo.

Las ferias en Portugal, si bien no alcanzaron la magnitud y el esplendor de las europeas, dentro de sus objetivos cumplieron con la obligación que les impusiera su destino. Desempeñáronse como verdaderos nódulos condensadores no sólo de mercaderías y de hombres que traficaban sino también como fuentes difundidoras de ideas culturales, que al chocar con los más variados sentimientos fueron despertando, lentamente pero de un modo inevitable, a muchos espíritus que en un principio vivieron aletargados en su propia rutina.

Todas estas circunstancias contribuyeron a aumentar el valor de las regiones privilegiadas por actividad tan constructiva, que en manos del espíritu abigarrado del mercader y del feriante fueran preparándose con el tiempo para comulgar con un nuevo tipo de vida y de intereses.

Virginia Rau presentó su primera ofrenda a las ciencias históricas medievales con rasgos medidos y concisos. Su ejemplo señala una vez más que la Historia debe hacerse vivamente y con la ayuda valiosa de una intuición penetrante y recia.

NORMA YOKOHAMA.

ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO: *Fenicios y Carthagineses en Occidente*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1942.

Bajo el auspicio de la Escuela de Estudios Hebraicos, perteneciente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, Antonio GARCÍA Y BELLIDO publicó en el año 1942 una obra titulada *Fenicios y Carthagineses en Occidente*. Proyectada como artículo destinado a aparecer en la revista *Sefarad*, editada por dicha Escuela, debía referirse exclusivamente a los monumentos arqueológicos dejados por los fenicios en España; pero, atendiendo al proceso histórico que tal búsqueda entraña, hubo de añadir este aspecto de la cuestión, dado que uno y otro elemento no sólo se complementan sino también se "explican y rectifican". Así, lo que hubo de ser artículo terminó en el volumen que nos ocupa.

En la primera parte enfoca el autor el proceso de la colonización fenicia en Occidente, llevada a feliz término por la metrópoli, en momentos en que Tyro, después de caída Sidón, vive sus horas de máximo esplendor. La expansión fenicia adquiere desde sus orígenes un aspecto netamente comercial; no se trata aquí del país conquistador que pretende extender su influencia política y territorial, sino del pueblo traficante que, deseoso de colocar sus productos, anhela el dominio de las rutas marítimas; las naves tyrias, cargadas de vasos, tejidos, bordados, vidrios, marfiles, cerámica, joyas, granos, esclavos, surcan el Mediterráneo, creando intereses mercantiles a lo largo de sus costas. Es la época de Hiram I, suegro de Salomón, quien levantó una nueva Tyro con un doble puerto y un magnífico santuario a Melkart, y a ella corresponde precisamente la fundación de Gádir, primera colonia fenicia en España. Aunque el autor se ve en la imposibilidad de fijar la fecha precisa de la misma, cree que se trata del más antiguo emporio creado por los fenicios en Occidente. La situación de Gádir, emplazada en una isla más allá de Gibraltar, "guardiana del estrecho,

entre las ricas llanuras andaluzas regadas por el Guadalquivir y las ásperas tierras mauritanas", la hacía merecedora de grandes destinos. El autor señala con prolijidad las referencias a Gádir que aparecen en los textos antiguos, incluso en los bíblicos, en los que se destaca sobre todo el comercio entre Tarsis y Fenicia.

A partir de Gádir, las fundaciones fenicias se escalonan a lo largo de fechas sucesivas por toda la cuenca del Mediterráneo, entre las Syrtes y el estrecho de Gibraltar: Utica, Auza, en la región de Túnez; Carthago, que habría de recoger el esplendor de Tyro; Hippo, Hadrumetum, Leptis, amén de las islas de Melite (Malta), Gaulos (Gozzo) e Isanim o Kossura (Pantelleria) y las colonias de Sicilia, Cerdeña, Córcega, Provenza, etc. En lo que respecta a España, poco puede decirse a ciencia cierta; el autor se limita a mencionar como probables las colonias de Málaga, Sexi y Abdera.

Bien pronto, Carthago ha de destacarse entre todas estas fundaciones. Ante el empuje de los babilonios cae Tyro, que soporta el efecto de las ambiciones de Nabucodonosor y no volverá ya a brillar como en sus mejores tiempos; Carthago recoge la herencia de la metrópoli, y a partir de tal momento las naves colonizadoras no zarpan ya del Asia Menor sino de Africa. La meta de la política pheno-púnica continúa siendo, sin embargo, el dominio del Mediterráneo, y a la consecución del mismo responde la fundación de Ebyssos en el 654, la cual los cartagineses expulsan a los griegos de las Baleares, en cuya conquista los habían precedido. El antagonismo greco-cartaginés, que obligara a los primeros a abandonar el sur de España en manos de los segundos, hace crisis en la batalla de Alalé (535), en la que, a pesar de su victoria, los griegos pierden el dominio del mar. Se inicia entonces la "thalassokratía" cartaginesa, compartida por los etruscos, sus aliados en la lucha anterior. Y durante ella se fundan una serie de colonias en las costas africanas del Atlántico.

Eliminada Grecia, se alza frente a Carthago el poderío romano a cuya expansión interesa profundamente el Mediterráneo. La rivalidad entre ambas ciudades, salvada en un primer momento mediante tratados en los que se limitan las respectivas zonas de influencia, desemboca finalmente en las guerras púnicas. A un aspecto de la contienda dedica el autor el tercer capítulo de su obra. En él analiza la conquista de España por los Barquidas, desde el fin de la primera guerra hasta el sitio de Sagunto.

García y Bellido abandona en seguida la exposición de hechos históricos para enfocar el aspecto económico, es decir, para estudiar las

industrias y el comercio púnicos en España. Adelanta que los datos al respecto son casi nulos para las primeras épocas y algo más explícitos para épocas más recientes. Existe mayor información en lo que se refiere a la pesca y sus derivados que a la minería y metalurgia. Del examen de las fuentes resulta evidente que la fundación de Gádir tuvo como fin el comercio en metales con los tartesios. Estaño, cobre, plata y oro abundaban en el Sur de España. Se mencionan minas en las que trabajaban hasta 40.000 obreros y de las que se extraía 25.000 dracmas diarias de plata en el siglo II a. de J. C. Y ello puede ser índice de lo que ocurriera en anteriores épocas.

En cuanto a la agricultura, Carthago tuvo fama en la antigüedad; según el autor, los cultivos de Andalucía deben remontarse a la dominación púnica. Pero en donde mayor desarrollo alcanzó la economía fué en el renglón pesca y sus derivados.

En los capítulos siguientes entramos de lleno en una cuestión interesantísima aunque poco conocida: el desarrollo cultural de los fenicios a través de sus colonias. Habitados a contemplar a los fenicios como pueblo de mercaderes, se ha prestado poca atención a sus manifestaciones espirituales. García y Bellido nos lleva en interesante recorrida a través de Gádir, Ebysos, Málaka, Sexi, Abdera y Baria para mostrarnos las ciudades y sus habitantes y descubrir sus costumbres. Con él admiramos los monumentos (reconstruïdos aproximativamente), la preocupación edilicia de las poblaciones, el grado de cultura de estos asiático-europeos, y con él celebramos su inclinación a la música y a la danza. El autor se refiere a las "bailarinas gaditanas que hicieron las delicias de los banquetes romanos, compitiendo con las bayaderas orientales y griegas".

Tanta grandeza atrajo a los pobladores de las tierras vecinas, quienes, por una u otra razón, se volcaron en las colonias cartaginesas para colaborar en su desarrollo, tanto en la guerra como en la paz. El ejército cartaginés se vió engrosado con mercenarios que acudían desde todas partes para hacer fortuna en el ejercicio de las armas. A los mercenarios españoles dedica García y Bellido el capítulo VI. Nos los muestra actuando en los principales combates que hubo de sostener Carthago para conservar el dominio adquirido a través de largos siglos. La conquista de Cerdeña, la batalla de Hymera, la toma de Selimís, la de Akragas, el sitio de Siracusa y, por último, las guerras púnicas, vieron a los mercenarios españoles defendiendo la suerte de los cartagineses y junto a ellos cayeron en la decisiva batalla de Zama.

García y Bellido consagra el último capítulo a los descubrimientos arqueológicos realizados en tierras de España. Nos hallamos frente a un arte de imitación, carente de caracteres étnicos y que "se viste con galas tomadas a las culturas crético-micénicas, del arte mesopotámico, del egipcio, del griego, del etrusco y finalmente del romano". A veces mezcla en parte estas influencias en una misma obra. En lo que respecta a su antigüedad poco puede decirse, y la pregunta de si han existido testimonios arqueológicos anteriores al siglo VIII a. de J. C., no tiene respuesta precisa.

El más antiguo documento de la arqueología cartaginesa en la Península es el anillo signatorio hallado en Alcaçer do Sal, en la Ría del Sado, al sur de Lisboa. No debió ser anterior a la segunda mitad del siglo VII.

Partiendo de este primer hallazgo, García y Bellido va señalando cronológicamente los monumentos arqueológicos que los fenicios dejaron en la Península Ibérica. La enumeración es prolija y va acompañada de la reproducción fotográfica de los más importantes objetos: broches y cinturones de oro, collares, diademas, pendientes, vasos, ajorcas, peines. Figuran en ella también toscos ensayos escultóricos, figuritas de barro cocido, cámaras hipogeas, sarcófagos con la reproducción del muerto en la tapa —a la manera etrusca—, mascarillas diversas, figuritas de bronce, bustos femeninos, adornos de vidrio, etc.

Debemos a García y Bellido una obra que podemos calificar de erudita y completa. En efecto, abarca todas las facetas de la vida de un pueblo considerado hasta ahora por lo común en forma harto unilateral. Y penetra en lo más profundo de su ser para darnos, siquiera sea en su papel de colonizador, una visión total de su misión histórica.

Por lo que hace a la información documental, García y Bellido se nos revela como seguro conocedor de los textos antiguos, que alega con frecuencia en el curso de su exposición, ya para aclarar conceptos, ya para apoyar en ellos sus afirmaciones. Si se une a todo lo dicho un estilo cuidado y casi siempre libre de aridez y sequedad, se comprenderá por qué puede seguirse con entusiasmo en la obra comentada el devenir del pueblo que más influyó en la vida marítima de Europa meridional y del septentrión de África a través de varias centurias.